

## Los Problemas de la Democracia Política en las Sociedades Occidentales.

*Leonardo Paggi*

Traducción de Rosa María Mirón  
y Germán Pérez.

En las consideraciones que siguen intentaré desarrollar el tema indicado en el título del trabajo, haciendo referencia no tanto a elementos de principio o de valor, sino, por el contrario, a algunas implicaciones político-estratégicas que han resurgido en los últimos quince años ya sea por fuertes cambios objetivos en la configuración de las fuerzas sociales y políticas, o bien por la experiencia práctica de la izquierda. Me parece útil, para ello, empezar por la reconstrucción de algunos tratados constitutivos del patrimonio de los comunistas italianos sobre el tema de la democracia política, para continuar después con algunos puntos de reflexión sobre las aplicaciones que estos tratados han hecho en relación a los desarrollos reales del período en cuestión.

Si el intento de una formulación más cercana de nuestra política expresada programáticamente —es decir, en el término mismo de “tercera vía”— no puede ser resuelto a través de la definición de un modelo (tomado a diferencia de otros modelos), entonces el examen crítico y comparado de los procesos reales permanece como el punto de tránsito obligado para todo desarrollo de una elaboración política.

1.— La síntesis togliattiana de democracia liberal y de democracia de masas.

Me parece que el período de máximo esfuerzo realizado por el Partido en su conjunto para lograr una definición teórica de los problemas de la democracia política se ubica entre los años 1956 y 1964. El modelo togliattiano se configura entonces, resumidamente, como un esfuerzo consecuente por instaurar una fusión y una síntesis entre democracia liberal y democracia de masas, entre instancias garantes e instancias de transformación. El problema fundamental para Togliatti

radica en evitar cualquier escisión y contraposición entre el nivel formal y el nivel sustancial de la democracia. Se introduce así un cambio fundamental en aquello que ha sido el esfuerzo central del movimiento obrero y comunista en el período entre las dos guerras luego que en la lucha contra el fascismo—en occidente y en la difícil construcción del estado soviético en oriente— la consideración exclusiva de uno de los dos términos, el de la democracia sustantiva, condujo a resultados catastróficos. La reconquista de las libertades civiles en la Italia post-fascista es, así, interpretada como el punto de partida de un proceso de organización de las masas que conservaría sin cambios las garantías de la democracia liberal, insertándola, sin embargo, dentro de los desarrollos políticos que canalizan desde el principio las relaciones de fuerza y de poder en favor de la clase obrera.

La solución togliattiana del problema de una “tercera vía” entre socialdemocracia y leninismo se resume:

a) En el ascenso de la intervención del Estado —así como se ha configurado en la proposición política de la fracción más avanzada de la izquierda europea— como instrumento de reglamentación del desarrollo y también como instrumento de una modificación parcial de las relaciones entre propiedad privada y propiedad pública, en favor de esta última; b) en el hecho de que el intervencionismo estatal es expresión de aquello que ha sido definido como “un protagonismo de masa”; es decir, de una democracia que se organiza siempre de manera más extensa y más vasta. La propuesta de las reformas estructurales es el modo en que se define la concepción togliattiana de la experiencia más válida del socialismo europeo: por un lado, el asumir objetivos que remiten al marco de un desarrollo democrático de la estructura económica del país (antifascismo y antimonopolismo), y por el otro, la permanencia de una idea de transición al socialismo, basada en el despliegue de una práctica de masas.

Esta concepción encuentra una traducción fiel, en el terreno de la filosofía política, en las reflexiones sobre la relación entre Rousseau y Marx que Galvano Della Volpe inicia a partir del XX Congreso del PCUS. Considero que el punto importante de esta investigación se encuentra en el reconocimiento de que el estalinismo, en el fondo, es el resultado necesario de una interpretación radicalmente igualitaria, o babouvista, del modelo político rousseauiano. Della Volpe acepta como re-

al —también a la luz de la experiencia soviética— la tesis de la existencia de una tensión estructural entre libertad e igualdad. En cierta medida los hechos parecen conferir realidad a la idea de una “democracia totalitaria”, caracterizada por la constitución de un poder monolítico, que bajo el impulso de la actuación de un régimen radicalmente igualitario, esto es, sobre las bases de masa, destruye toda forma de poder intermedio entre sí y el ciudadano.

El problema consiste entonces —afirma Della Volpe— en vincular la libertad civil con la libertad igualitaria, de reconstruir en una “nueva síntesis histórica” a Rousseau y a Kant, en virtud de la cual la libertad sea tomada en función de la igualdad y viceversa. El carácter programático de la Constitución, que ha permitido a Togliatti asumirla como marco institucional de una democracia progresiva, es para Della Volpe una ejemplificación histórica feliz del problema de incluir reformas igualitarias y democracia social en el cuerpo de las libertades civiles tradicionales.

Me parece que el mérito histórico de esta estructura teórico-política togliattiana consiste en delinear un nivel de fusión, ahora ya casi total, entre el horizonte programático del movimiento obrero y las instituciones realmente actuantes de la democracia europea del cual forma parte. A partir de Togliatti ya no es concebible un discurso del sujeto político (clase obrera) que presuponga la autonomía de las grandes transformaciones del Estado capitalista de occidente y de las evoluciones del pensamiento político que conllevan.

Por el contrario, es importante verificar los cambios de contenido que se han producido desde el momento de la formulación del modelo togliattiano. En otros términos, ¿cuáles son las nuevas formas en las que se ubica hoy el problema de la “tercera vía”? Ya en el curso de los años '60 tomaron cuerpo importantes elementos de complicación, que resaltan, simultáneamente, las estructuras y los modos de ser no procesales de la democracia política y los paradigmas que el movimiento obrero ha obtenido de ellos.

Debiendo necesariamente proceder a esquematizaciones sumarias, diré que en esta perspectiva son dos los temas que merecen una consideración particular: 1) el ocaso de la idea de programación dentro del marco del Estado social; 2) la vulnerabilidad del sistema pluralista en las fases altas del desarrollo capitalista.

Ambos puntos ejemplifican una situación difícil para aquella perspectiva racionalista, confiadamente remi-

tida a una idea lineal de progreso que caracteriza las diversas formas de política en el curso de los años sesenta.

2.- El ocaso de la idea de programación y la “novedad” del Estado social.

La postura de Togliatti se presenta conforme al modelo de estrategia política que hemos recordado. Está sobre el tapete la propuesta de una serie de intervenciones públicas en la economía tendientes a una redistribución más equitativa, pero también más racional de las ventajas del desarrollo, la cual retoma sustancialmente el consenso generalizado de todas las fuerzas políticas democráticas. El problema de Togliatti consiste en que en la instrumentación de este programa no determina una división de las masas populares italianas, pero en su lugar, avanza el proceso de unidad de la izquierda. Nuevamente resulta determinante la forma de constitución de una subjetividad política.

Sabemos hoy con qué rapidez se expande, ya entre 1963 y 1964, aquella propuesta reformadora, haciendo resurgir de golpe el viejo ánimo deflacionista del capitalismo italiano. Togliatti intuye las interrogantes que sobre su propia estrategia reformadora, provoca la brusca adopción de esta propuesta. “El error cometido por los socialistas —dice— conlleva varios problemas que deben ser examinados por nosotros con atención”. La pregunta sobre la cual se concentra su reflexión consiste en saber si es posible un “reformismo burgués” sobre el cual se pueda aplicar el empuje político de una democracia de masas. Por el otro lado, existe toda una idea de desplazamiento pacífico que entra en dificultad por las contradicciones entre reivindicaciones democráticas y reivindicaciones con contenido social más avanzadas.

Actualmente es más fácil advertir cómo la pregunta que Togliatti adelantaba con particular referencia a la historia de nuestro país, en realidad forma parte de una interrogante más general que en los mismos años abarca toda el área capitalista.

La definición del programa reformista encuentra entonces su formulación más clásica en los escritos de Galbraith. En una situación de desarrollo que parece confirmar el principio del óptimo paretiano —según el cual las ganancias de unos no corresponden a pérdidas de otros— el problema fundamental de un programa reformista no es aquél de la distribución de la renta sino el del equilibrio social, definido por Galbraith, co-

mo una relación satisfactoria entre bienes y servicios producidos por la economía privada, de un lado, y aquéllos producidos por el Estado, del otro. El concepto y el término de equilibrio se vuelven centrales en esta perspectiva galbraithiana que experimenta su primer rechazo definitivo en los Estados Unidos. Las administraciones democráticas de Kennedy y Johnson, que lograron una gran reanimación del desarrollo económico en comparación con los años '50, adoptaron como instrumento fundamental y estimulante de la economía, ya no el aumento del gasto público dirigido a fines sociales, sino por el contrario, el abatimiento de los impuestos, determinando así el efecto de un estímulo y de una extensión posterior de la actividad privada.

Pero, los años '60 señalan, también en Europa el fin de cualquier posible ecuación entre keynesismo y reformismo. La rapidez con la cual se consume el proceso regresivo de la centro-izquierda italiana encuentra, por ejemplo, una singular correspondencia con la parábola del gobierno laborista de Wilson (1964-70), a propósito del cual un historiador inglés, refiriéndose implícitamente al gobierno Attlee de la segunda mitad de los años '40, usó la notoria expresión: "...la segunda vez como farsa"

Me parece que hoy estamos en posibilidad de percibir con mayor claridad que la discusión, entonces interna de la izquierda italiana, acerca de la existencia o no existencia de los "márgenes" del capitalismo italiano, no conlleva aquello que era el punto de mayor dificultad desde una perspectiva reformadora: es decir, el referente a las formas políticas del gobierno del desarrollo, a partir, en primer lugar de la configuración asumida por la administración estatal. "La lógica del archipiélago, afirmará Ruffolo en 1976, refiriéndose explícitamente a la experiencia de la centro-izquierda vuelve al sistema objetivamente inabordable a largo plazo" Pero la impresión clientelista dada por la democracia cristiana en la administración pública es parte de un problema más vasto. Hoy esta imagen del Estado-archipiélago puede volver a conducir a una discusión más amplia, ya sea teórica o política, sobre las características del Estado social. El panorama actual parece, por varios aspectos, volver a poner en discusión los términos mismos de la síntesis togliattiana, abriendo simultáneamente grandes interrogantes en dirección de las dos principales teorías del Estado y de la política: la liberal y la marxista. Quizá convenga detenerse en este tema justamente porque la concepción del modo en el cual la democracia política se ha venido reclassificando de hecho en la experiencia concreta del Estado social, constituye la premisa de cualquier elab-

boración posterior del nexo democracia-socialismo.

Ya en 1945 Hajek, el máximo teórico del liberalismo como modelo o como conjunto de reglas, hablaba del Estado social en tanto expresión de un proceso político que, llevado a sus últimas consecuencias determinará una situación de tipo soviético. Hoy, con el refinado lenguaje de la teoría sistémica, un conservador del nivel teórico de Luhmann es quien reconoce, en su último libro, cómo el Welfare State constituye una especie de falsificación de la verdadera teoría del Estado de derecho.

El afirma que cuando la política de control se transforma unilateralmente en promoción entonces siempre se determina un déficit teórico del Estado social. No se puede hacer teoría del Estado social porque su lógica intervencionista pone en jaque la función determinante de cualquier teoría del derecho: producir la selección de un sentido (si se quiere a nivel de represión) adecuado al mantenimiento de la inmovilidad relativa del sistema. Un sistema que abdique frente a la reducción de la complejidad constituye un no-sentido, y está destinado inevitablemente al fracaso. La lógica intervencionista del Estado social —dice Luhmann— esta poniendo en discusión la conquista misma del Estado de derecho.

Para reformular el problema en la terminología togliattiana, podemos decir que la inserción progresiva de las demandas sociales en el ámbito de la democracia liberal, lejos de realizar una pacífica e indefinida expansión de la libertad, más bien lleva a una progresiva reducción de las capacidades del gobierno, que pone en discusión las bases mismas del Estado moderno.

Sabemos que se abren aquí problemas políticos reales. Justamente en esta discrepancia entre legalidad y legitimidad se encuentra no solamente la fuerza y la originalidad, sino también el progreso del Estado social: éste paga con un déficit de legalidad un incremento de legitimidad precisamente en virtud de aquel mecanismo de inclusión de nuevos grupos sociales y de más vastos intereses, que lo distingue históricamente. Su fuerza y su capacidad de representación se determinan a lo largo de una línea de desarrollo opuesta a aquella demanda de equilibrio visualizada por el reformismo galbraithiano. El Estado social es el equilibrio perenne, un proceso de continua autocorrección informal; y dentro del perímetro de su experiencia pierde validez la típica temática kelseniana de la legalidad como prerrequisito fundamental de la libertad. Constelaciones complejas en las cuales la política de seguridad social

es acompañada por políticas de empleo —con los consecuentes efectos de ascenso del poder sindical, y por lo tanto también de cambios en las relaciones de fuerza entre las clases—, el Estado social asiste al surgimiento de nuevos centros de poder que no se transforman en derecho, de nuevas potencias que no se convierten en normas, de nuevas formas de representación que no dan paso a nuevos circuitos de democracia política.

Es dentro de este marco, por ejemplo, que se inscribe la compleja lucha sindical de los años '70, en la cual parecen estar presentes las dos versiones dominantes —diferentes pero sin embargo cercanas en lo referente a algunos tratamientos generales de la forma de Estado en el cual se inscribe—: la versión neocorporativa, propia de los países europeos en los que se encuentra ampliamente expandido el modelo político socialdemócrata y aquella pluralista-conflictual, característica de la experiencia italiana.

En la experiencia socialdemócrata europea el modelo neocorporativo, entendido como un sistema de representación de los intereses limitados de algunos grandes sujetos constitutivos, se presenta como arma explícita de sustitución ante el fracaso de la hipótesis pluralista frente a la determinación coherente de elección de programas. La relación cooperativa entre gobierno, sindicatos y empresarios, que encuentra exactamente en el modelo socialdemócrata el máximo de continuidad, nace justamente como una tentativa de forjar instrumentos suplementarios en el control del ciclo económico. Las características de este modelo parecen reconducir —para aquello que interesa subrayar en este orden de consideraciones— a dos puntos esenciales: por un lado, se mantiene un cierto grado de intervencionismo y de informalidad propio de los mecanismos de gobierno del Estado social; por el otro, restringiendo las decisiones de macroeconomía a un vértice triangular, funge como drástico factor de reducción de la demanda, premiando la capacidad selectiva del sindicato respecto a su capacidad de representación en la espontaneidad del conflicto.

En la experiencia italiana, la práctica sindical en el decenio 1965-1975 constituye, quizá, el único terreno en el cual se busca realizar —aún cuando con la participación determinante de aportaciones culturales y políticas, ya sean católicas o socialistas— innovaciones sustanciales respecto al compromiso togliattiano entre democracia liberal y democracia de masas, forzando al segundo de los dos términos constitutivos.

También el sindicato conciliar se inscribe totalmente

dentro del déficit de legalidad que es característico del Estado social. Por un lado, refuta cualquier forma de institucionalización, partiendo del supuesto de que cada reconocimiento público es inversamente proporcional a su capacidad de representación. Por el otro, sostiene una práctica exclusivamente contractual con la autoridad pública. La idea es aquella de un usufructo a ultranza del crecimiento pluralista del conflicto como base de una continua redefinición del terreno de la negociación.

El sindicato de los consejos busca al mismo tiempo introducir el tema de la alienación de los medios de producción, intentando, de alguna manera, una línea alternativa al planteamiento dirigente. Su antiestatismo y antiinstitucionalismo presupone, sin embargo, un antiguo prejuicio teórico según el cual la producción es un lugar privilegiado de "desmistificación" de lo político. También por esto el mecanismo de negociación contractual cesa a la larga de producir beneficios en la medida en la cual no logra enfrentar los problemas estructurales.

Por lo tanto, desarrollos significativos de la política (o de la representación) de masas, más que determinar desplazamientos y ampliaciones lineales de las formas ya existentes de democracia, traen a colación una visión tradicional del Estado como dirigente, y exaltan el rol de la dimensión política del conflicto.

Por lo demás, la visión del Estado como conjunto de dispositivos intensionados e intensionales por parte de un sujeto, que está sometida a toda la idea de programación, está profundamente arraigada también en el marxismo (Hilferding y Lenin). El Estado social recuerda la idea de la economía como única determinante del desarrollo social, así como la idea de política penetrante como único puente de dirección del sistema. Hoy podemos decir, sobre la base de una experiencia histórica variada y múltiple, que el mayor error de ciertas interpretaciones del marxismo, justamente en lo que se refiere a la teoría del cambio, ha consistido en la idea de que el tránsito de una sociedad atrasada a una sociedad avanzada —y en definitiva el desarrollo fuera reproducible, pero sobre todo políticamente practicable, como el paso de lo complejo a lo simple, como la conquista de la transparencia, como la realización de un descubrimiento inmediato de lo social, y por ello también de una dirección y programación racional a partir de un centro privilegiado.

La dificultad de retomar el principio de la diferenciación funcional como ley interna de desarrollo, creo

que ha sido el origen del enfrentamiento mismo que estas interpretaciones han tenido con gestiones profundamente autoritarias de los procesos de transformación social de este siglo. Para dar un ejemplo, me parece que el golpe de Estado polaco nace de la incapacidad estructural del sistema político al estar atrasado frente a un proceso de diferenciación de aperturas en su seno que estaba dando al sindicato atribuciones no muy diferentes de aquellas previstas en el modelo neocorporativo, existente en la Europa capitalista desde los años '70, al insertarse en el mecanismo de decisión política, aún cuando éste quizá permanezca en una estructura política con base monopartidista.

Para concluir entonces sobre este primer punto, diré que el modelo de democracia construido sobre la función de Rousseau y Kant continúa explicando instancias en principio válidas, aún cuando al mismo tiempo, su capacidad de representación de los procesos reales se reduzca. Parece difícil imaginar aperturas democráticas en los países de Europa oriental en los términos de una "suma" de garantías en un conjunto dado de realizaciones igualitarias y socialistas. Pero sobre todo, la crisis de gobernabilidad que golpea a todos los países del capitalismo avanzado —a partir del desarrollo y de una diversificación de la representación— introduce complicaciones radicales respecto a la relativa linealidad del modelo togliattiano. Cuanto más avanza el proceso de activación de los intereses tanto más se ubica la lucha dentro de las formas de la política; sin embargo, la configuración tomada por el Estado, por los partidos y por los sindicatos, y sobre todo su relación recíproca, no se ha transformado. Paradójicamente, el crecimiento de la democracia de masas parece poner al movimiento obrero más problemas de los que él mismo está en posibilidades de resolver.

### 3.- La vulnerabilidad del sistema pluralista occidental en una fase "post-materialista".

Pero los años sesenta rompen también con otro momento constitutivo de aquella perspectiva racionalista profundamente arraigada en las diversas y contrapuestas expresiones de la cultura occidental. Intento referirme a la idea de un nexo indisoluble entre democracia y desarrollo; entre estabilización democrática y modernización, entendida esta última, básicamente, como ampliación cuantitativa de la base productiva. Me parece que es tiempo de tomar en consideración el hecho de que todo el modo de constitución de la crisis del sistema político occidental, precisamente en tanto que sistema pluralista, se presenta estrechamente ligado a la existencia de una larga fase de crecimiento, en

donde los nuevos niveles de demanda política y cultural se encuentran con crecientes dificultades de expresión.

El tema interesa, por lo demás, simultáneamente, tanto por la experiencia de los países capitalistas como por aquella de las sociedades de Europa del Este. Precisamente al inicio de los años '60, en su larga investigación sobre **Masa y Poder**, Elías Canetti subrayaba con insistencia el modo espectacular en el cual la pareja crecimiento-igualdad había funcionado, en diversos sistemas sociales y políticos, como respuesta del poder al empuje democrático de las masas. "Cada vez que en el mundo moderno se discute sobre la forma de repartición de los bienes, escribía, los seguidores y los adversarios del socialismo están de acuerdo en la premisa del problema: la producción. Para ambas partes del conflicto ideológico, que ha dividido la tierra en dos mitades de fuerza hoy casi igual, la producción debe ser incrementada y estimulada."

En efecto, si nos volvemos a preguntar sobre las razones que llevaron a la rápida retracción del proceso innovador puesto en marcha en el XX Congreso del PCUS, creo que el discurso no puede menos que llamar la atención sobre los límites de la perspectiva reformista que se esgrimió entonces. Sobre la base de una identificación del momento político con el subjetivismo y el arbitrio burocrático, el reformismo kruschioviano confía el restablecimiento y el desarrollo del proceso democrático en la URSS a la aplicación de mecanismos de gobierno automático de la economía, capaces de garantizar más altas tasas de desarrollo. El objetivo fundamental fue aquél de restablecer una forma de cálculo económico completamente confiado a un sistema de precios relativos, como vía de recuperación de la eficiencia.

Permanece en común entre este tipo de reformismo y la lógica propia del estalinismo la idea de que la forma de medir el desarrollo de una sociedad socialista sea encontrada "en última instancia" en el ritmo de crecimiento del producto nacional bruto. No se llega a formular la tesis de la indisolubilidad entre eficiencia económica y democracia política.

En los mismos años, la ciencia política americana se afirma sobre el plano de la metodología, sobre una posición paradójicamente análoga: la tesis dominante es aquella del fin de la ideología, según la cual el desarrollo económico realizado permite una composición automática del conflicto social y una limitación rigurosa dentro de marcos que excluyen, por la vía del pre-

juicio, cualquier oposición al sistema. La estabilidad democrática es correlativa, nuevamente, al volumen del crecimiento.

La traducción en términos del sistema político de la tesis del "fin de la ideología" está confiada al concepto y a la fórmula de centro vital con el cual se designa una estrategia política tendiente a establecer —en la variedad de formas políticas determinadas por diversos sistemas institucionales— un idéntico resultado de fondo: la construcción al centro de una zona de consenso grandemente mayoritaria, a través de la inclusión de todas las fuerzas decisivas, y sin embargo potencialmente divorciado de la sociedad nacional y con la marginación de cualquier forma de oposición, o de alternativas reales, sean de la derecha o de la izquierda.

La centro izquierda se inscribe completamente dentro del marco de este proyecto de estabilización centrista de la democracia sobre la base de los resultados del crecimiento. Si hoy releemos el reporte que Aldo Moro presentó en 1962 al congreso de Nápoles, no es difícil advertir que se trata de una fiel aplicación de estos principios. El desarrollo consiste en lanzar el reto definitivo democrático-centrista al Partido Comunista Italiano, dejando para un momento posterior la operación degasperiana. Se presentan entonces recursos suficientes para restar fundamentación a la obra de organización de protesta social y política desarrollada por el PCI.

Nuevamente vuelve a confirmarse cómo las razones del fracaso de aquel proyecto deben de encontrarse más allá de los términos de un debate, que terminaba entonces por identificar toda perspectiva reformadora con un problema de recursos económicos. Se excluía del campo del análisis el problema de la existencia y de la elasticidad de las formas políticas. Pero esta tendencia a identificar el proceso reformador con la conquista de un equilibrio social se ha manifestado también en los años '70, dado que se ha pensado que la única respuesta posible a los nuevos problemas de compatibilidad debe buscarse en una comprensión y en la búsqueda de una nueva dimensión de lo social. Ocasionalmente la izquierda ha puesto a prueba los nuevos espacios de la libertad que se pueden abrir (con un incremento de consenso) sobre la base de una reforma de lo político.

Hoy se va abriendo camino a la idea de que la secularización aumenta la vulnerabilidad de la sociedad moderna, por lo menos en la medida en la que reduce ca-

da vez más las formas prescriptivas de la integración social respecto a aquellas selectivas, individuales o de grupo. La siempre más pronunciada extensión del espacio reservado a las opciones individuales y la siempre más marcada diferenciación de los roles, de los status, de las instituciones, de los grupos sociales (estos dos contenidos esenciales de la secularización), acaban por ejercitar una función corrosiva de la capacidad de congregación de las formas políticas existentes. Resulta significativo que un estudioso como Gino Germani, en su último escrito, póstumo, haya logrado visualizar en la tensión entre las formas seculares y prescriptivas de integración social "un factor de crisis catastrófica."

Pero si queremos salir de un lenguaje descriptivo, y replantear el problema de una plausible concatenación causal, entonces nos encontramos de nuevo frente al problema de los efectos del desarrollo o, para usar un lenguaje quizá un poco más expedito y tradicional, se trata de pronunciarse a favor de cualquiera de los dos términos de la relación entre crisis del sistema económico y crisis del sistema político. La elección que se haga en este punto del análisis predeterminará inevitablemente todos los desarrollos sucesivos.

En el campo de la literatura existente me parece que el concepto de límites sociales del desarrollo propuesto por Fred Hirsch constituye un punto de referencia esencial; también para toda perspectiva de análisis marxista que quiera sustraerse de aquellos dos puntos mencionados y profundamente relacionados; esto es, la confianza de una serie causal del tipo desarrollo-progreso-modernidad-socialismo (simplifico intencionalmente los términos) y la idea de que sólo en situaciones de crisis económica se pueda y se deba hablar de la idea de renovación social y que, por lo tanto, el recurso de entonación de tipo catastrófico constituya un soporte necesario para cualquier perspectiva de cambio en la dirección política.

Reducida a sus términos más simples, la idea de los límites sociales del desarrollo, consta del hecho de que la satisfacción de las necesidades más elementales —necesidades que satisface el crecimiento capitalista de los últimos treinta años— no logra garantizar el consenso previsto, sino por el contrario, se convierte paradójicamente, en factor de desestabilización del sistema, por lo menos, en la medida en la que pone a funcionar estructuras de demanda nuevas y más avanzadas; no reducibles al ámbito de las necesidades materiales, pero que implican demandas de status, y de posición relativa en la escala social, ya sea por parte de

los individuos o de sus grupos sociales. La cronología, en este caso funge como elemento de confrontación. El fin de los años '60 (el fatídico '68) y no la mitad de los años '70, ha registrado sobre toda el área del occidente capitalista sus primeros elementos significativos de tensión del sistema político occidental, destinados a reproducirse de manera siempre ampliada en el curso de todo el decenio siguiente.

La práctica pluridecenaal del compromiso democrático fundado sobre una visión negociadora de la política y sobre la progresiva inclusión de los intereses, reunidos y delimitados en su especificidad, termina pues por convertirse, de factor de estabilidad en factor de desestabilización de la democracia. Una vez más la impresión es que se ha llegado al fin de un ciclo histórico completo abierto en definitiva al término de la segunda guerra mundial cuando —frente a los resultados catastróficos producidos en los años 20' y 30' por el modelo político europeo fundado sobre el partido de masas con una base marcadamente ideológica— el sistema de intercambios y de mercados políticos experimentado en el curso del New Deal reveló ser la base de un lento pero progresivo proceso de americanización del sistema político de Europa occidental. La transformación del partido de masas en partido toma-todo es tal vez uno de los testimonios más vivos de esta tendencia, que no implica, obviamente, un cambio de las instituciones existentes, sino más bien su adaptación a una lógica de funcionamiento que antes le era extraña.

Resulta hoy de gran interés releer, por ejemplo, un libro como el del socialdemócrata alemán Emil Lederer, editado en Nueva York en 1940, *State of the Masses*, en el cual, las reflexiones sobre el resultado dramático de la crisis alemana llegaban con gran lucidez a una crítica radical del método de la contraposición frontal entre las fuerzas sociales antagónicas (característica en definitiva de toda la experiencia del movimiento obrero alemán); contraposición que se había realizado sobre la base de un sistema político tendiente más que a la alianza y al compromiso, a la agudización ideológica —en un tono casi milenarista— de las diferencias. Y bien, la hipótesis que él entonces adelantaba de una "acción social concentrada", entendida como modelo alternativo tomado de la nueva experiencia americana (en la cual una crisis económica, ciertamente no menos grave que aquella que abatió a la Alemania nazista, había podido traducirse en un reforzamiento del sistema de la representación democrática) se convertiría a partir de 1945, en la práctica política dominante dentro del conjunto de países occidentales.

En el momento mismo en el cual se percibe su ocaso, sería quizá injusto no reconocer la contribución de este modelo político a toda una fase del crecimiento de occidente. El hecho de que se haga necesaria una revisión de las posiciones teóricas, lo reconoce abiertamente el mismo Samuel Huntington (una especie de decano de la ciencia política americana y el animador de los análisis de la trilateral a mediados de los años '70 sobre las tensiones de los sistemas políticos occidentales), que en su último libro sobre la crisis política americana centra todo el análisis sobre la distinción entre una política de los grupos de interés (*interest-groups politics*) y una política de valores (*status-politics*). En la primera, característica de los periodos de normalidad y de pura y simple evolución del sistema político, funciona el esquema tradicional (en la inspiración liberal, los grupos de interés, o en el lenguaje marxista, las clases) de derivación y de deducción lineal de lo político en lo social. La segunda es, por el contrario típica de los periodos de innovación del sistema —y de esta naturaleza es, para Huntington, la fase iniciada a finales de los años sesenta y que a través de los años setenta se prolonga hasta nuestros días—, en este caso la autoridad y el poder lejos de ser considerados como procuradores de soluciones y de ventajas, son objeto de una fuerte protesta que se origina en la diferencia entre expectativas de tipo igualitario y democrático y la realidad concreta de las instituciones.

La lucha hace resaltar ahora al sistema político. Este ha funcionado perfectamente desde mediados de los años treinta hasta finales de los sesenta, cuando el problema fundamental era la inclusión de los intereses. Las dificultades surgen, sin embargo, cuando se presentan demandas y reivindicaciones que no son compatibles con el método negociador y que plantean grandes interrogantes sobre los destinos de la civilización, de la relación entre desarrollo y equilibrio ecológico y aquella entre desarrollo y amenaza de guerra atómica.

La formación de una nueva identidad colectiva —sugiere Alessandro Pizzorno en su último trabajo— lejos de poder ser considerada como una confirmación de la vitalidad del sistema pluralista occidental, es más bien un testimonio de su resquebrajamiento: la nueva politización ha permanecido externa al sistema político, rechazando los canales tradicionales de participación. El sistema político occidental ha demostrado ser incapaz de reaccionar frente al conjunto de violentos estímulos a los que ha estado sometido en el curso de los últimos quince años.

Nuevamente, la contradicción parece residir, por una parte, en la ilimitada capacidad del sistema pluralista para dar acceso a una gran variedad de intereses y de necesidades, y por el otro, en la imposibilidad de expresar valores y objetivos con los cuales los grupos sociales pudieran llegar a identificarse.

Intentando sintetizar las consideraciones desarrolladas sobre la inaceptabilidad de una derivación lineal entre desarrollo y democracia, diré que los elementos de tensión de la democracia política pueden ser definidos actualmente: a) como propios de un sistema pluralista obligado a hacer frente a un drástico incremento, cuantitativo y cualitativo, de demanda política provocada en una fase alta de desarrollo; b) como el punto de crisis de un proceso de americanización de la política, tendiente a resaltar la negociación entre los distintos intereses materiales.

#### 4.- El intercambio político y la izquierda europea.

La crisis del intercambio político afecta también a la izquierda, poniendo en dificultad aquella práctica de compromiso democrático que ha determinado los más relevantes logros del movimiento obrero, ya sea en términos de consumo y de renta o en términos de poder. Este es un tema importante que no puede dejarse de lado, con la seguridad de que una reflexión muy concreta sobre la experiencia de gobierno realizada por la izquierda europea en los años '70 (incluyendo naturalmente aquella del Partido Comunista Italiano) constituye un punto de tránsito obligado para precisar la hipótesis de la "tercera vía".

En los términos más generales las dificultades a las cuales se enfrenta la izquierda sobre la práctica del intercambio político pueden ser reducidas a dos grandes órdenes de cosas entrelazadas en diversos grados en cada uno de los países europeos: 1) En primer lugar, la contracción del desarrollo reduce los márgenes del beneficio material potencialmente intercambiable. 2) En segundo lugar, se refleja en todos los países una fractura del bloque social tradicional reformador, con una polarización tendencial entre las fuerzas que continúan considerando al crecimiento como el objetivo prioritario —que deberá conseguirse a cualquier costo— en cuanto que constituye un prerrequisito de todo beneficio subsecuente; y las fuerzas que se niegan a asumir el desarrollo como valor. En este caso se observa la señal más visible de los límites a los cuales se enfrenta la hegemonía "obrero" tradicional del bloque reformador.

La crisis del nuevo gobierno laborista en la segunda mitad de los años '70 resulta ser un ejemplo del primer punto.

Partiendo de la hipótesis compleja y avanzada del "contrato social", entendido como forma de gestión política (esto es, no monetarista) de los problemas de la economía británica, el gobierno de Callaghan se vio siempre más restringido por las contradicciones de una política de rentas de corte conservador. No obstante los importantes éxitos logrados en el terreno de la lucha contra la inflación, la reducción del salario real provocó una explosión reivindicativa indiscriminada, que abre el camino a la victoria electoral del partido conservador.

Quizá sea más complejo el modo en el que aparecen las dificultades en el sistema de gobierno de la socialdemocracia alemana que, en el punto más alto alcanzado por el desarrollo capitalista en Europa, ejemplifica el modo en el cual se puede producir la disociación entre crecimiento y progreso social. El que el PSD haya centrado su política en los intereses obrero-industriales lanza contra el sistema todos los intereses y necesidades que el rígido mecanismo neocorporativo de reducción de la complejidad tiende a excluir. Actualmente, Alemania es, no por casualidad, el país en donde se presentan los más fuertes movimientos de crítica al desarrollo.

La experiencia misma de la solidaridad nacional como se ha venido definiendo en torno a la idea de una autocontención reivindicativa, entendida como contraparte de intervenciones estructurales, es comprensible conceptualmente dentro de una práctica de intercambio político; aún con algunas fuertes anomalías —respecto a la forma socialdemócrata más acabada— han contribuido las reivindicaciones a disminuir fuertemente la productividad en términos de resultados. Estamos una vez más frente a los caracteres de la cuestión democristiana, la cual se expresa más que en el rechazo a la inclusión de la expresión política mayoritaria de la clase obrera italiana en el Ejecutivo, en la existencia de un aparato estatal marcado por una vieja práctica de donación de beneficios particulares y por lo tanto dotado de una mucho menor legitimidad y eficiencia respecto de la media europea. Acerca del frente sindical, se podría agregar que la existencia de una base representativa correspondiente a una práctica pluralista-conflictual inevitablemente vuelve precaria y utópica la hipótesis de un control central improvisado de la dinámica del conflicto, tal y como es necesario en una práctica de intercambio político.

En cualquier caso, existe una crisis del consenso democrático construido sobre una perspectiva del crecimiento, la cual también afecta a la izquierda. Pero justamente desde aquí me parece que puede emanar la posibilidad de un juicio sobre la socialdemocracia que rebase la afirmación de principio sobre su incapacidad, o no voluntad, de transformar al capitalismo. Hoy parece definitivamente sustituida la vieja idea del Welfare como instrumento de "integración" de la clase obrera por un mayor énfasis en las modificaciones positivas y reales que el Welfare mismo ha introducido en el modo de ser y de funcionar del sistema económico y del sistema político occidental. Por otra parte, la noción misma de "superación del capitalismo" aparece siempre más compleja y de difícil comprensión, también en relación a los países de Europa oriental.

Debiendo ahora pasar a una consideración más cercana y desagregada del tema, es sobre dos hipótesis que a mi parecer puede hoy articularse una reflexión crítica del modelo socialdemócrata. 1) En primer lugar, el abandono de una filosofía puramente distributiva e igualitaria para invitar a la izquierda en su conjunto a motivarse con la elaboración de su propio "sistema de diferencias", que no sea ni uniforme ni coincidente con las prioridades y las jerarquías propuestas por el mercado. Aquí nuevamente la experiencia italiana nos dice algo al respecto: después de una primera fase de feliz cooperación entre igualitarismo reivindicativo y desarrollo del pluralismo, a partir de 1974-75 el empuje igualitario ha terminado por provocar en la acción sindical y política un déficit de representación en la estructura, siempre más diferenciada, de los intereses. Por lo anterior se presenta una crisis de gobierno del pluralismo que da paso al distanciamiento entre grupos sociales, todos legitimados en igual medida. 2) Una reanudación a gran escala del tema del desarrollo de los contenidos democráticos en las formas políticas propias de la socialdemocracia y en general de todo el movimiento obrero europeo. Recordando aquella "ley férrea de la oligarquía" de memoria michelsiana, que en el curso de todo este siglo domina la vida del partido de masas, sea comunista o socialdemócrata, parece verdaderamente difícil imaginar la construcción de nuevas formas de consenso en torno a nuevas formas de desarrollo más selectivas. Pero llegamos aquí al último grupo de cuestiones —sobre el cual quisiera detenerme— relativo a la contribución, sobre todo en términos de reflexión y de análisis crítico, que la izquierda puede hacer hoy al replanteamiento de una política difusa.

5.— La política de masas y el nuevo rol de la subjetivi-

dad individual.

El esfuerzo de la izquierda por lograr la gobernabilidad no puede dejar de traducirse, programáticamente, en el esfuerzo por replantear los niveles de politización con la convicción de que es irreal la estrategia conservadora de la apatía, de la pasividad política. El tema de la "reforma política", como condición para la reactivación económica, no por casualidad comienza a difundirse, en primer lugar, en el debate estadounidense sobre la crisis del país. Los análisis del reaganismo tienden siempre a replantear los elementos de novedad, subrayando cómo la nueva administración republicana ha sido marcada por la misma gran contradicción que fue característica de Carter: continuar una política de desarrollo en una situación de no desarrollo; es decir, continuar identificando al crecimiento como el instrumento fundamental del consenso y de la composición del conflicto, cuando, en el estado actual de cosas, esto ya no puede ser conseguido en los mismos términos que antes. Pero ¿cómo romper el círculo vicioso?.

En oposición a la respuesta de la derecha (aquella que está experimentando sus primeros fracasos), consistente en el restablecimiento de una escala salvaje de desigualdad, comienza a tomar cuerpo, también en la parte más concedora del partido demócrata, la idea de que un punto de tránsito obligado es aquél de devolver al sistema político la capacidad de elección y de selección, que en el pasado se ha venido perdiendo progresivamente. Se asiste así a una singular inversión: el sistema político demócrata que por toda una época histórica ha estado asociado, como su inevitable consecuencia, al desarrollo económico, se proclama ahora como premisa subjetiva y consciente de un proceso de reorientación del desarrollo, sobre bases mucho más selectivas que anteriormente.

Estos son los términos de un viejo problema común en la profunda diversidad de los sistemas estatales y políticos en gran parte de los países occidentales. Y me parece que se abre aquí el espacio para una gran contribución innovadora de la izquierda, a partir del esfuerzo de proponer nuevamente, a la atención general, la elección de los grandes criterios de valor sobre los cuales se debe fincar el consenso entre los diversos grupos sociales.

Surge la pregunta de cómo puede sobrevivir la democracia política a largo plazo en el cenagal de una sociedad suma-cero, en la cual la viscosidad está dada no solamente por el choque ciego de intereses egoístas, si-

no también por la oposición simétrica entre distintas concepciones del desarrollo y de la calidad de la vida.

Se trata ciertamente de combatir una amenaza de entropía y de replantear a largo plazo las visiones de conjunto de la política, pero fuera de los esquemas de viejos mitos totalizantes y de ideologías anticuadas, gestadas de modo tradicional y autoritario. En los años '30, Antonio Gramsci ya sostenía a la verdad como política de masas. Ciertamente él no fue consciente de los múltiples modos en los que este principio ha podido ser pisoteado en la sociedad contemporánea.

Mientras más el juego se convierte en suma-cero, más aumenta la crisis de la política basada sobre la elección implícita, más se hace necesario un incremento de lo dicho en la esfera de lo no dicho, más se requiere la enunciación de los grandes principios de referencia y una rigurosa coincidencia entre palabras y hechos. Cuando la producción espontánea del conflicto conduce al enfrentamiento de las fuerzas, la política puede sobrevivir —no sólo como ritual de especialistas— ya sea retrocediendo, de hecho, frente a su forma pluralista, o bien, convirtiéndose siempre más explícitamente en "post-maquivélica". Para precisar el sentido de estas observaciones, diré que no veo qué innovaciones de importancia pueda registrar la cultura de la izquierda si interioriza el "desencanto" weberiano, entendido como unidad de modernismo y nihilismo, de eficacia burocrática y de relativismo ético. La crisis de la filosofía de la historia implica que detrás del déficit de consenso activo que hoy inquieta a la democracia política existe el problema de una reconstrucción de sentido.

Reafirmando el nexo entre gobernabilidad y politización creo que resulta útil poner especial atención en dos puntos: 1) en primer lugar a un uso menos acritico de la idea y de la proposición de participación como elemento terapéutico para todos los males y los defectos de la democracia política. Creo que otra vez la experiencia italiana de estos años (para no hablar de otros países) explica cómo detrás de ideologías participacionistas pueden avanzar estrategias moderadas tendientes a fracturar el consenso que la participación produce, debido a desarrollos y conquistas reales en términos de democracia política y de poder de decisiones. 2) En segundo lugar, a una mayor circunspección en la identificación que de hecho se hace entre politización y movimientos de masas, extrainstitucionales o antiinstitucionales.

Los años '70, por el tipo mismo de movilizaciones que

los han caracterizado, marcan una diferenciación, tal vez una tensión, entre expresión política de la subjetividad individual y expresión política de la subjetividad de grupos sociales. Quiero decir que las formas de politización difusa serán siempre menos enmarcables dentro de aquella noción indiferenciada de masa, connotada en sentido quasi axiológico por toda una tradición de movimiento obrero que identificaba sustancialmente al socialismo con un proceso de modernización guiado por la clase obrera. Junto a la fuerte crisis de esta idea de socialismo, debemos quizá reflexionar acerca de la obsolescencia de una idea de asociacionismo, entendido como portador y consecuencia de los procesos de modernización, según la cual el ámbito industrial del modo de producción capitalista es considerado el lugar de origen privilegiado de la "conciencia revolucionaria".

Según este modelo, que refleja estrictamente la fase histórica de constitución del movimiento obrero, la posibilidad de incrementar la conciencia crítica está dada sólo a partir de violentos procesos de masificación y de taylorización inducidos por el desarrollo capitalista. La teoría kautskiana y leninista del partido (con todas las diferencias del caso) pretendía que esta taylorización se acompañase, en el terreno de las condiciones de vida de la masa obrera, de una especie de uniformidad, y en el terreno de las creencias y los modos de pensamiento obrero, esta unificación fuera ejercitada, desde el exterior, por la teoría socialista.

Es tal vez indicativo de los profundos cambios de sensibilidad y opinión el hecho de que aquellos que son actualmente, quizá, los dos más grandes historiadores de los movimientos sociales obreros y campesinos de la época del capitalismo, E. Thompson y Barrington Moore (ambos en sus respectivos países expresiones intelectuales de punta de la izquierda) han cuestionado justamente esta noción de movimiento obrero fijada por la Segunda y Tercera Internacional.

En su investigación sobre la situación inglesa y alemana, estos autores han sacado a la luz la existencia de motivaciones y antecedentes de la revolución obrera mucho más complejos, en donde vienen perdiendo peso el factor económico y las condiciones de trabajo en cuanto tales, a favor de las culturas particulares y de los sistemas de valores precedentes a la masificación de la fuerza de trabajo realizada por el capitalismo.

Lejos de poder ser enmarcadas en la categoría tradicional de "romanticismo reaccionario" estas investigaciones explican una tendencia cada vez más arraiga-

da en toda la cultura política de occidente: o sea, la recuperación e inclusive exaltación de la subjetividad individual como base inevitable de un ambiente político difuso. Creo que éste es el punto de gran novedad y de enorme relieve, que todas las fuerzas de tradición obrera, decididas a actuar por una renovación de la democracia política, no podrán menos que proponerla de diversas formas. No se ocultan las dificultades y tensiones que encontrará frente a aquella práctica fuertemente pedagógica del partido de masas, que ha sido predominante hasta ahora.

Hace casi siglo y medio Tocqueville concluía su gran investigación sobre la democracia política, insistiendo, entre otras cosas, en el obstáculo que la futura sociedad de masas, con su inevitable conformismo, habría de oponer al empuje de innovaciones intelectuales y políticas provenientes de la energía individual. La tradición liberal que siguió, frecuentemente fetichizó este gran tema, ignorando las condiciones sociales como vínculo y, asimismo, como medio de expresión fundamental del individuo. Pero para una crítica socialista de la sociedad contemporánea será siempre más difícil eludir este tema.

### Bibliografía

- Barrington Moore Jr., *Injustice. The Social Bases of Obedience and Revolt*, New York, 1978.
- A. Bergounioux - B. Manin, *La socialdémocratie ou le compromis*, Paris, 1979.
- E. Canetti, *Massa e potere*, Milano, 1968.
- G. Della Volpe, *Rousseau e Marx*, Roma, 1974.
- G. Germani, *Democrazia e autoritarismo nella società moderna*, "Storia contemporanea", Aprile, 1980.
- F. Hirsch, *Limiti sociali dello sviluppo*, Milano, 1981.
- D. Howell, *British Socialdemocracy*, London, 1980.
- S. Huntington, *American Politics. The Promise of Disharmony*, Cambridge, Mass., 1981.
- E. Lederer, *State of the Masses*, New York, 1940.
- N. Luhmann *Politische Theorie in Wohlfahrtsstaat*, Munchen, 1981.
- K. Marx, *Per la critica del programma di Gotha*, en *Il partito e l'Internazionale*, Roma, 1949.
- A. Pizzorno, *Interest Intermediation and Regime Governability in contemporary Western Europe and North America*, en *Organizing Interest in Western Europe. Pluralism Corporatism and the Transformations of Politics*. Cambridge, Mass. Editado por Suzanne Berger, 1981.
- G. Ruffolo, *Strutture delle istituzioni e sviluppo democratico. Il ruolo della pubblica amministrazioni.*, en *Governo democratico delle'economia*. Bari, 1976.
- J. Talmon, *Le origini della democrazia totalitaria*, Bologna, 1967.
- E. Thompson, *Società patrizia, cultura plebea*, Torino, 1981.
- A. Tocqueville, *La democrazia in America*, Torino, 1968.
- P. Togliatti, *Scritti sulla centrosinistra*, Firenze, 1976.
- A. Wolfe, *America's Impasse*, New York, 1981.